

XXIV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

LECTURAS:

PRIMERA

Exodo 32,7-11.13-14

Entonces habló Yahveh a Moisés, y dijo: "¡Anda, baja! Porque tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, ha pecado. Bien pronto se han apartado el camino que yo les había prescrito. Se han hecho un becerro fundido y se han postrado ante él; le han ofrecido sacrificios y han dicho: "Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto." Y dijo Yahveh a Moisés: "Ya veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio, haré un gran pueblo". Pero Moisés trató de aplacar a Yahveh su Dios, diciendo: "¿Por qué, oh Yahveh, ha de encenderse tu ira contra tu pueblo, el que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y mano fuerte? Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, siervos tuyos, a los cuales juraste por ti mismo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; toda esta tierra que os tengo prometida, la daré a vuestros descendientes, y ellos la poseerán como herencia para siempre". Y Yahveh renunció a lanzar el mal con que había amenazado a su pueblo.

SEGUNDA

1a Timoteo 1,12-17

Doy gracias a aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio, a mí, que antes fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero encontré misericordia porque obré por ignorancia en mi infidelidad. Y la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí, juntamente con la fe y la caridad en Cristo Jesús. Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo. Y si encontré misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él para obtener vida eterna. Al Rey de los siglos, al Dios inmortal, invisible y único, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

EVANGELIO

Lucas 15,1-32

Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: "Este acoge a los pecadores y come con ellos". Entonces les dijo esta parábola. "¿Quién de ustedes que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y

llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: "Alégrense conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido". Les digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión. "O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: "Alégrense conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido". Del mismo modo, les digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta". Dijo: "Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde". Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros". Y, levantándose, partió hacia su padre. «Estando él todavía lejos, le vió su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus siervos: "Traigan aprisa el mejor vestido y vístanlo, pónganle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traigan el novillo cebado, mátenlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado". Y comenzaron la fiesta. Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano". El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: "Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!" Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado".

HOMILÍA:

En la primera lectura leemos que Dios hace un duro reproche al pueblo de Israel, pues a pesar de los muchos prodigios que había visto, a la primera ocasión se apartó del Señor que lo había liberado de la esclavitud en Egipto.

“Pueblo de dura cerviz” le llamó, lo que significa que tenía la cabeza dura. Pero dura la tenemos también nosotros, los cristianos, que a pesar de decir que creemos en Jesús como nuestro Salvador, y que sabemos lo que esa salvación costó al

Señor, sufriendo un cruel suplicio para pagar lo que debíamos por los pecados, muchas veces nos apartamos de El por el pecado.

Si Dios liberó al pueblo de Israel de la esclavitud temporal que padecía en Egipto, Jesús, obedeciendo al Padre, nos liberó de una esclavitud infinitamente peor, pues la padeceríamos por toda la eternidad si no lo hubiera hecho.

Ciertamente no estamos totalmente libres de ella si nos empeñamos en desobedecer los mandatos y enseñanzas con que nos ha guiado por el camino del bien. Si a pesar de todas las gracias que el Señor ha derramado sobre nosotros, seguimos el camino aparentemente ancho y sabroso que nos conduce a la perdición, ya nada ni nadie podrá librarnos de un fin desastroso.

Con todo, Dios se nos muestra siempre como un Padre amoroso que está dispuesto a perdonarnos. No importa la gravedad y número de nuestros pecados, El nos limpiará una y otra vez si acudimos a El arrepentidos.

Aquí tenemos el ejemplo que nos pone Jesús, en el Evangelio, con la parábola del Hijo Pródigo. De los dos hijos de aquel hombre que representa a Dios, el menor lo abandona para disfrutar de la herencia que el padre generosamente le concedió sin todavía tener ningún derecho a ella.

El hijo se dedicó a lo que tontamente había estado soñando por algún tiempo, creyendo que entonces llegaría a ser feliz. En la casa de su padre nada le faltaba, comía abundantemente todos los días y, por lo visto, ni siquiera hacía nada que aportase un beneficio a la casa paterna.

Pese a todo ello, llegó a creer que si el padre le daba el dinero al que supuestamente tenía derecho, ya lejos de su casa disfrutaría y realizaría todos esos deseos insatisfechos de saborear toda clase de placeres con mujeres y amigos.

Parecería que lo estaba logrando, pues de inmediato se vio rodeado por mujerzuelas dispuestas a todo a cambio de dinero. Y los amigotes que se le acercaron sólo buscaban participar de buenas comidas a costa de aquel recién llegado con la bolsa repleta.

Pero por más dinero que hubiera en la bolsa, éste se fue agotando, hasta no quedar nada. Y entonces, adiós a los amigos y a las mujerzuelas. Todos lo abandonaron, porque el que anda en malos pasos no quiere a nadie, sino sólo sacar el máximo provecho al que se pone por delante.

Fue en esas circunstancias, que lo llevaron incluso a buscar trabajo, en que comenzó su conversión. Sólo pudo encontrar un lugar donde cuidar puercos, y ni siquiera le estaba permitido comer de lo que se alimentaban los cerdos.

Fue entonces que se acordó de su padre. Mientras le duró el dinero y las fiestas en ningún momento le pasó por la cabeza el recuerdo de quien le había dado todo

hasta entonces. Pero ahora reflexionó, compadeciéndose a sí mismo por lo bajo en que había caído.

Y al fin tomó una decisión: Volveré. Iré a mi padre y le diré que aunque no soy digno de ser ya de nuevo su hijo, al menos que me permita trabajar y poder así ganar el alimento.

Pero aquel joven no conocía a su padre. Tampoco nosotros conocemos totalmente la bondad y el amor de Dios. El estaba siempre dispuesto a perdonarlo.

El nos dice por medio del profeta Ezequiel: "¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado - oráculo del Señor Yahveh - y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?" (18,23).

De ahí que cuando uno va arrepentido, como el hijo a su padre, y confiesa sus pecados, el Señor lo perdona. Y no sólo perdona, sino que también olvida.

Así nos dice por el profeta Isaías: "Así fueren los pecados de ustedes como la grana, cual la nieve blanquearán. Y así fueren rojos como el carmesí, cual la lana quedarán" (1,18).

Eso sí, tenemos que saber perdonar. En la parábola Jesús coloca en mal lugar a aquel hermano mayor que, como los fariseos, se creía superior y no estaba dispuesto a aceptar a su hermano. Ni siquiera porque el padre le insistió, estuvo dispuesto a compartir la alegría de saber que, si bien su hermano había cometido graves pecados, ahora volvía arrepentido.

Al enseñarnos a orar, Jesús nos dice que digamos al Padre: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores (Mateo 6,12), para luego insistir: si ustedes no perdonan a los hombres, tampoco su Padre perdonará las ofensas de ustedes (6,15).

Padre Arnaldo Bazan